

pública, hasta tanto que la ilustre Señoría sacudiese la servidumbre y pudiese restablecer las antiguas prácticas.

Y tal es hoy el estado de la cuestión.

Mientras yo me enteraba de ella, la música austriaca seguía tocando el primer acto de la *Sonnámbula*, y ciertamente, de una manera admirable.

Esta última opinión no es mía: es de los mismos venecianos.

Los paisanos del insigne *Pórpura* aman la música sobre toda ponderación, y si razones de patriotismo les impiden disfrutar públicamente de las acordadas armonías de las bandas tudescas, no es mucho verlos parados detrás de las esquinas que dan á la plaza de San Marcos, con el oído atento á las melodías italianas, interpretadas magistralmente por los profesores alemanes, ni menos es raro oírles esclamar á cada momento:

—¡Corpo di Dio! ¡Questi barbari eseguiscono come angeli! (Estos bárbaros tocan (ejecutan) como ángeles!)

No una, sino muchas frases por el mismo estilo oímos esta tarde mis amigos y yo en el café *Florian*, en donde entramos en busca de sombra y de descanso, cuando ya hubieron concluido de comer las palomas.

Tocaban á la sazón los austriacos la magnífica introducción del primer acto de *Lucrezia Borgia*, en que, no sé por qué misterio de la sensibilidad humana, Donizetti ha pintado con notas musicales, y todos hemos entrevisto al oírlos, una mascarada de Venecia.

Los mas ardientes patriotas de la ciudad (que es como quien dice, las personas mas principales de ella) parroquianos constantes del café *Florian*, no prestaban atención alguna á los periódicos de París y Londres que tenían en la mano, y llevaban con la cabeza el compás de la música, exclamando maquinalmente:

—¡Magnífico! ¡Soberbio! ¡Delicioso!

El son de sus propias palabras les recordaba entonces que estaban aplaudiendo á sus mortales enemigos, y haciendo un brusco movimiento como para sacudir una fascinación, tornaban á la lectura del *Journal des Debats*, del *Times*, de la *Presse* ó de la *Patrie*, en cuyas largas columnas encontrarían indudablemente palabras de consuelo y esperanza.

Alrededor de cada lector había un grupo de ocho ó diez amigos suyos, que alargaban la cabeza para oír tal ó cual noticia ó comentario, dicho en voz muy baja y precedido de una mirada recelosa hácia alguno que otro personaje rubio que refrescaba tranquilamente, sentado solo en una apartada mesa.

Aquellos individuos rubios eran agentes de policía, disfrazados de caballeros.

Como había tanta gente en el café, nosotros nos vimos obligados á sentarnos muy cerca de uno de aquellos grupos de lectores, los cuales nos miraron y se miraron con marcado recelo y bajaron mas la voz siempre que se dirigieron la palabra.

Yo atribuía aquella actitud á la cara alemana de H. de V., á los cabellos

dorados de Sir Arturo, que también podía pasar por tudesco, y á algunas palabras españolas que yo le dirigí al joven cónsul,



Palacio del Dux de Venecia y Puente de la Paja.

En toda Italia, *español* es hoy sinónimo de austriaco, de teócrata, de partidario de Francisco II.—Ya os lo digo en el Lago Mayor.

Sin embargo: á pesar de toda su reserva, comprendimos que se ocupaban de la reciente batalla del *Garegliano*.

Los jóvenes patricios se reían y bromeaban al leerse algunas noticias.

Esto me afirmó en una sospecha que tenía yo desde anoche; y sin encomendarme á Dios ni al diablo, aconsejé á Sir Arturo que metiese la cabeza en uno de aquellos grupos y pidiese noticias de Nápoles.

Sir Arturo no vaciló, aunque se puso muy colorado; y valiéndose de su italiano de colegio, saturado de un marcadísimo acento inglés, arrojó estas palabras en medio de aquel club.

—Perdon, caballeros. Yo soy inglés, y por consiguiente amigo de la Italia. ¿Tendrían ustedes la bondad de decirme qué ha sucedido allá abajo, en el Garigliano?

La pregunta de Sir Arturo fue perfectamente recibida.

En Venecia, *inglés* es sinónimo de liberal, de amigo de San Márcos, de enemigo de Antonelli, de protector de Garibaldi. —La estratagema de *Marsala* está muy reciente.

—*Sono inglesi*, exclamaron los venecianos despejando el ceño. Y mirándonos con afabilidad, respondieron á la pregunta de nuestro amigo:

—Las tropas italianas han ganado la batalla del Garigliano. Cápuá y Mola di Gaeta están en poder del rey *Galantuomo*. El ejército borbónico ha sido aniquilado y su restos se han visto en la precision de encerrarse en Gaeta con Francisco II. El asunto de Nápoles puede darse por concluido. Vea usted los despachos telegráficos.

¡Qué imbecilidad tan ridícula la de todos los opresores! ¡Qué necia candidez la del gobierno austriaco! —¡Ayer pone en sus periódicos que Francisco II ha derrotado á los piemonteses, y hoy deja circular por Venecia los periódicos de París y Lóndres en que se afirma lo contrario! —Bien es verdad que poco hubiera adelantado con recogerlos. En Venecia entran todos los días tres largos trenes de viajeros procedentes de Milan y Turin, y por estos se hubiera descubierto la mentira. —Pero, entonces, ¿á qué llenar de grotescas falsedades los periódicos destinados á promulgar las leyes? —¡Qué feo, qué difícil y que deslucido es el papel de tirano!

El *café Florian* tiene un renombre europeo y es el mas lindo que yo conozco. Mas que un café, parece el tocador de una reina, adornado en un estilo medio Médicis, medio Luis XIV. Sus habitaciones son muy pequeñas y están decoradas con tanto lujo como primor artístico. Las puertas, los sillones, la vajilla, todo respira en él una ortodoxia estética (perdóneseme la frase), que no se encontraría ni en un gabinete dibujado por Rafael. Las paredes, en vez de estar cubiertas de papel ó estuco, se hallan pintadas al fresco y revestidas luego de espaciosos cristales. Unas estatuitas doradas, del mejor gusto, sostienen las luces de gas en lámparas pompeyanas. Muelles divanes de terciopelo azul ó rojo dan la vuelta á cada aposento. Las mesas, de mármol de Carrara, son sumamente chicas, y se apoyan en una sola columna, de forma bizantina, labrada también en mármol. Las vidrieras, los aparadores, el mostrador, los mas insignificantes enseres del servicio son verdaderas preciosidades dignas de atención y estudio.

Para decirlo de una vez: el *café Florian* es digno de la plaza de San Márcos, como la plaza de San Márcos merece ser, como es, la sala principal de Venecia.

El *café Florian*, y algunos otros, permanecen abiertos toda la noche, segun una práctica inmemorial.

En cuanto al *café Cuadri*, en el cual entrábamos algunos momentos despues, no nos llamó la atención por su riqueza ni por su hermosura, pero sí por su concurrencia. —Todo él estaba lleno de oficiales, entre los que se veían algunos paisanos austriacos, empleados sin duda del gobierno. —Allí se leían periódicos en alemán, se fumaba y se bebía cerveza.

El dueño del establecimiento es italiano...

Yo creo que el *café Cuadri* está destinado á ser hecho ceniza por el pueblo, asi como cierta tienda en cuya muestra se lee: *All' Imperatore d' Austria*.

El resto de la tarde y el principio de la noche los hemos pasado vagando á la ventura por las calles sólidas de Venecia.

La Venecia terrestre, con sus callejuelas alumbradas de gas, llenas de un brillantísimo comercio (que no es sino la sombra de lo que fue antiguamente), con sus pequeñas plazas, con sus angostas y complicadas travesías, con su limpio é inmejorable empedrado, me recuerda la arábica Sevilla y me hace comprender lo que sería una ciudad mora en que lograrse penetrar la civilización.

La estraña y al principio ininteligible complexión de Venecia, es bastante sencilla. —Cada una de las numerosas islas, medio naturales, medio artificiales, que constituyen la ciudad, comprende dos largas manzanas de casas, entre las cuales corre una calle. Estas casas arrancan inmediatamente del agua por la parte exterior de la isla, teniendo cuando menos una puerta hácia el canal que separa á una isla de otra, mientras que, por el lado opuesto, miran á la calle interior que hemos citado, sobre la cual abren dos ó tres puertas generalmente ocupadas por tiendas de comercio. —De esta manera se esplica que no haya casa alguna que no tenga acceso por agua y por tierra. —Centenares de puentes enlazan á islas con islas y á calles con calles, formando el intrincado dédalo de la ciudad.

Lo que mas gracia me hace en este laberinto es la facilidad que encuentra uno á cada instante de interrumpir su marcha, si va fatigado, y continuarla en góndola. —De cien en cien pasos, y aun con mayor frecuencia, os halláis entre dos escaleras: una que sube y otra que baja. La que sube va á un puente que os pasará á otra isla. La que baja lleva á un canal, donde nunca falta una góndola que os ofrezca sus servicios. —Toda la diferencia de tomar uno ú otro camino, consistirá solamente en que, si por ejemplo os dirigís á una casa, entrareis en ella por una puerta en lugar de entrar por otra, lo que será completamente igual para su amo, acostumbrado ya á vivir entre dos fuegos.

Durante la escursión de esta tarde, hemos pasado por en frente de algunas magnificas iglesias, situadas por lo regular en el centro de las mas espaciosas islas, y rodeadas de árboles y monumentos. De buena gana hubiera entrado en algunas de ellas, á admirar las obras maestras de pintura ó á visitar los sepulcros

de grandes hombres que encierran casi todas; pero esto era contra nuestro programa, y lo he dejado para otro día.

En cambio, hemos pasado y repasado por sus tres vías paralelas el famoso Puente de Rialto, deteniéndonos mas de una vez á contemplar desde su elevada cimbra el magnífico panorama que á un lado y otro presentaba el *Canal Grande*, enrojecido primero y teñido de ópalo despues por las luces del crepúsculo, que prestaban una fantástica apariencia á los palacios.

Cuando ya fue de noche, volvimos á la plaza de San Marcos.

Una espléndida iluminacion de gas, reflejándose en las bruñidas losas del suelo, en los cristales de los cafés y en las hermosas fachadas de le *Procuratie Vecchie* y del Palacio Real, le daban el aspecto de un salon de baile.

Las venecianas y su séquito de amadores estaban de vuelta en la plaza.

Su animacion y su alegría eran aun mayores que esta tarde. Los novios, protegidos por la noche, paseaban juntos. Los oficiales jóvenes se permitian reir y bromear y hasta mirar á sus enemigas, yendo en largas hileras, cojidos del brazo. El ruido de sus sables se confundia con las carcajadas de las hermosas. Diríase que la velada es en Venecia una hora de olvido y reconciliacion. Mil conversaciones distintas, —balbucientes declaraciones, juramentos á media voz, íntimas confidencias, apasionados suspiros, murmuraciones, chanzas, incoherentes preguntas, nombres pronunciados en voz alta, reprimendas de madres, sordos rugidos de celosos cónyuges, alguna amenaza, alguna queja, tal vez alguna lágrima cruzándose con una risa, el tarareo indiferente del que iba solo, — todas estas cosas juntas formaban un confuso rumor, plácido y melancólico, en que palpitaba y gemia nuestra pobre vida humana, el eterno poema de la juventud, *amor che nullo amato amar perdona*; Venecia, en fin, que no ha muerto todavía, ó que sale de su sepulcro durante la noche y recuerda los tiempos que pasaron.

¡Oh! ¡Venecia! ¡Venecia!—Cuando á esa hora se la ve recobrar algo de su antiguo júbilo, de su apasionada alegría, de aquella alegría que no lograban turbar los sangrientos dramas públicos ó secretos de que era teatro en los grandes días de su libertad; cuando se oye el blando murmurio de su armonioso idioma, que aun repite bajo el dogal extranjero los suaves acentos del amor, y contempla uno á sus hijas, tan bellas hoy y encantadoras como en los tiempos en que Tintoreto y Ticiano las legaban á la admiracion del mundo, la imaginacion recompone el magnífico pasado de la ciudad galante, y se figura las mil y mil escenas que la música y la pintura han eternizado, uniéndolas á la celebridad de Shakspeare y de Rossini, de Byron y de Donizetti, de Verdi y de Victor-Hugo.

El muelle de la *Piazzetta*, á donde nos trasladamos luego, atraídos por los acordes de un concierto ambulante, acabó de exaltar mi fantasia, haciéndome soñar con las poéticas historias que he citado.

Allí se embarcaron Otelo y Desdémona para la isla de Chipre, de donde nunca mas volvieron.—Allí desembarcó *Lucrecia Borggia*, viniendo de Ferrara, en busca de su adorado hijo.

El concierto callejero se componia de guitarras, violines y contrabajos.

Los músicos eran siete; de ellos tres mujeres, hermosas y tristes, á cuyas ropas de luto se asian algunos pequeñuelos, probablemente sus hijos, cansados de vagar todo el día de una calle en otra y rendidos ya por el sueño.

Sus padres tocaban distraidamente, mirando de través á aquellas pobres criaturas, temerosos que se durmieran y rodasen por el suelo.

Y sin embargo de esta preocupacion, y de la inquietud que sentirian acerca de si el público que les escuchaba se iria á la fin sin pagarles, tañian los instrumentos y armonizaban sus melodiosas voces con inspiracion tan sentida, con suavidad tan patética que se hubiese dicho que en el fondo de sus cantos lloraban agrupados el genio del arte, los númenes de la ciudad y el adverso destino de aquellos miserables trovadores.

A veces, toda aquella tribu de famélicos artistas, lo mismo las madres que los esposos y los soñolientes hijos, unian sus quejumbrosas voces al son de los instrumentos, y cantaban en dialecto veneciano no sé qué historias de amores sin fortuna, no sé qué luchas con la suerte, no sé qué desgracias vagamente definidas, que me parecian á mí su propia historia y acaso tambien la historia de Venecia.

La menguada luna aparecía en tanto por encima de los muros del *Arsenal*, viniendo á visitar los mismos canales en que yo la encontré anoche, bañándose sola y sin recelo en las olvidadas ondas...

Y *Beppo*, mi astuto veneciano, sentado en su góndola, á pocos pasos de nosotros, nos invitaba á un paseo por aquellos canales, permitiéndose describirnos con celadas y discretas fórmulas las delicias ocultas de Venecia, los gabinetes vestidos de raso, brillantes de luz, llenos de perfumes, que, segun él tiene entendido, se ocultan detrás de los muros negros y medrosos de las mas lóbregas callejuelas... Y yo me acordaba de que Chateaubriand (que, entre paréntesis, escribió parte de sus *Memorias de Ultratumba* en el mismo hotel en que nosotros vivimos), cuenta que al pasar por no sé qué puente en que habia una Virgen, alumbrada por muchos faroles, vió á unas hermosas y desdichadas jóvenes que rezaban Ave-Marías, y que con la mano derecha hacian la señal de la cruz, mientras que con la izquierda detenian á los transeuntes, hablándoles de aquellos mágicos recintos que nos describia mi gondolero.

No me censureis, pues, el que os haya hablado de estas cosas: censurad al autor del *Genio del Cristianismo* que me ha dado el mal ejemplo.

Yo por mí puedo decir que si accedí á la invitacion de *Beppo* y salté de la *Piazzetta* á la góndola, fue para venirme al hotel y escribir estos pálidos recuerdos del primer día que he pasado en Venecia.

¡Ah! Ya han dejado de estar de moda aquellas escandalosas escenas en que se cantaba el brindis que Victor-Hugo pone en boca de Maffio Orsini:

*Amis, vive l'orgie!*  
*J'aime la folle nuit*  
*Et la nappe rougie*

*Et les chants et le bruit,  
Et les dames peu sévères,  
Les cavaliers joyeux,  
Le vin dans tous les verres,  
L'amour dans tous les yeux!*

Hasta mañana, pues, y concluyamos por hoy copiando la copla veneciana que Gaetano, el hijo de Beppo, canta al pie de mis balcones.

*Coi pensieri malinconini  
no te star à tormentar:  
vien con mi, montemo in gondola  
andremo in mezzo al mar...*

Lo que, traducido al castellano, viene á decir:

Con ideas melancólicas  
déjate de atormentar:  
vén conmigo; entra en mi góndola  
é iremos en medio el mar...

Antiguamente, no cantaban los gondoleros tan pobre y vulgar literatura, á la puerta de esta mansion, sino las octavas sublimes de la *Gerusalemme liberata*.

Verdad es que antiguamente el suntuoso palacio *Giustiniani* no era una posada pública.

Dice bien el poeta Niccolini, imaginando que habla desde los siglos pasados:

*¡Citta superba! il tuo crudel Leone  
disarmato dagli anni andrà deriso;  
privo dell'ire, onde la morte é bella,  
egli cadrá senza mandar ruggito.*

Conque muy buenas noches.

## V.

El palacio de los Dux.—De la *Escalera de los Gigantes* al *Puente de los Suspiros*.—Sala del *Gran Consejo*.—Sala del *Consejo de los Diez*.—El *Consejo de los Tres*.—Los *Plo-mos* y los *Pozos*.—Recuerdos de Silvio Pellico.—Lugar del tormento.—Un *Cicerone* como hay pocos.—El canal de *Paglia*.

Venecia 5 de noviembre 1860.

Son las doce de la mañana cuando salgo del *Palacio Ducal*, donde he pasado cuatro horas.

Creedme: una verdadera y profunda emocion de asombro y miedo me embarga todavía.—La luz del sol me causará ya hoy la misma estrañeza que le produce al que deja el lecho por la primera vez despues de una larga enfermedad en que ha entrevisto la muerte.

Yo vi esta mañana el esplendor del cielo: luego me sumergí poco á poco en una tremenda noche; y ahora que he tornado al mundo, me parece que me hallo en otro dia; que despierto en un letargo; que la marcha del tiempo ha estado suspensa durante algunas horas, ó que yo repito un dia de mi vida y vuelvo á ver un sol que se puso hace mucho tiempo.—Mejor dicho: en este instante experimento aquel asombro indefinible en que pasé este verano la perdurable tarde subsiguiente al eclipse total de sol que presencié desde las ruinas de Sagunto.

¡El *Palacio Ducal*!..—Yo entré en él por la *Escalera de los Gigantes*, refulgente de luz y de hermosura, y he salido por la angosta y sombría escalera de los *Pozos*,—por donde sacaban los cuerpos de los ajusticiados para llevarlos á enterrar ó echarlos en la laguna.—¡Dichosa, si; pero no interesante edad la nuestra, en que me ha sido tan fácil y tan poco arriesgado recorrer el laberinto pavoroso donde miles de hombres se han perdido para siempre!

No hace todavía muchos años, entrar en el *Palacio Ducal* por la *Piazzetta* para salir por el Canal *della Paglia*, equivalia á ir de la vida de la muerte.—Entre una y otra puerta estaban el *Consejo de los Diez*, las prisiones, la sala del tormento y la horca espantosa que yo acabo de tocar con mis manos!—Y si alguno llegaba vivo al término de esta calle de amargura, no era sin que sus cabellos, por negros y juveniles que fuesen á la entrada, blanqueasen, como pavesas, á la salida.—¡Cuántos y cuántos invirtieron treinta ó cuarenta años en recorrer la *Via Crucis* que yo he visitado en cuatro horas!

¡Oh, misera poesía! Tú *te vés* como muchos otros númenes, dejándonos demasiado venturosos á los cultos habitantes del planeta!

¡Oh, libertad! ¡cuán dulce es desearte!

Pero dejemos estas filosofías, y describamos el *Palacio Ducal* y las interesantísimas escenas que acaban de ocurrirme en él.

Ya lo he dicho: el *Palacio de los Dux* es una de las obras mas bellas é imponentes que ha creado la arquitectura. Yo no sé qué nombre dar al estilo de su fachada: si el de *árabe-italiano* ó el de *gótico-bizantino*. Mejor será decir que es puramente veneciano.

En aquella fachada resplandecen los mosaicos orientales, los arcos romanos, las ojivas góticas, la decoracion *plateresca* y las columnas bizantinas, y todas estas cosas juntas dan por resultado una belleza esclusivamente veneciana, que resume los varios caracteres de la historia de la República y armoniza con la estraña contextura de la ciudad.

Donde el pavimento de las calles es de agua, se concibe que la base de los edificios sea una doble columnata aérea, que dibuje en el cielo y en las ondas los esbeltos perfiles de sus abiertas galerías.

Donde confluyen el imperio alemán, la clásica Italia y el esplendoroso Oriente, se esplica que las estatuas gentiles figuren en hornacinas cristianas; que el arco apuntado se levante sobre la cornisa griega, y que el *macizo* bordado de arabescos descanse en los calados rosetones góticos.